

Por Pedro
ROCAMORA

«VIDA DE GREGORIO MARAÑÓN»

De Marino GÓMEZ-SANTOS

Editorial Taurus. Madrid, 1971. 546 págs.

Entre 1887 a 1960 transcurre—sobre el agitado paisaje de la historia española—la vida de don Gregorio Marañón. Una amplia bibliografía en la que aparecen los nombres de Laín, Pozuelo, Pedro de Lorenzo, Grangel, Martínez Fornés, Álvarez Izquierdo, Almodóvar y Barco Teruel, cubre un vasto horizonte de enfoques particulares sobre esta figura que enlaza intelectualmente la joven generación universitaria de hoy con los hombres del noventa y ocho.

Durante los últimos años, don Gregorio tuvo muy cerca de él a un joven escritor identificado con el maestro, no sólo a través de sus libros, sino con el contacto directo de la relación personal. Era Marino Gómez-Santos.

«Nací en Oviedo—ha confesado Marino Gómez-Santos—, que es una ciudad con tradición literaria. De niño jugué en torno al monumento de Clarín en el Campo de San Francisco. En la adolescencia me gustaba frecuentar, al anochecer, la catedral de «La Regenta», y el mercado del Fontán, donde tenía su puesto «Tigre Juan», el personaje de Pérez de Ayala. Algunas veces acudía a la salida de un colegio de monjas, donde tenía una novia. Este colegio estaba en el mismo caserón donde Palacio Valdés sitúa la acción de «El maestro»».

Todo ello equivale a reconocer el clima cultural que forjará la vocación literaria de Gómez-Santos. Eserito su primer libro sobre Clarín, envía el manuscrito a Marañón, que se brinda a hacerle el prólogo. Gómez-Santos deja su rincón ovetense para caer gozosamente en el vértice de las tertulias literarias madrileñas. Acude al Café Gijón. Se entrevista con las grandes figuras de la época: Baroja, Azorín, Menéndez Pidal. Cultiva el periodismo, pero sobre todo escribe libros. Un hondo españolismo le lleva a destacar las figuras de nuestros hombres de ciencia, de esos que él llama «españoles universales». Varias obras suyas inciden sobre esta rúbrica. Publica un libro sobre Baroja y tras unas conversaciones con la Reina Victoria Eugenia, aparece un admirable estudio de su vida. Pero de todas sus afinidades intelectuales, su amistad con don Gregorio fue la más significativa.

Tanto en el Instituto de Patología Médica, como en su consulta de la Castellana, en su biblioteca o en su cigarral de Toledo, Marañón fue eje del devoto fervor de Gómez-Santos. Un diario de Madrid publicó durante varios días una serie de artículos que resumían las conversaciones de Gómez-Santos con Marañón. Quizá de aquellos trabajos surgió la idea de este libro. Obra realizada con singular esfuerzo, construida sobre el testimonio directo del biografiado y el acopio de datos que suministran los archivos particulares o las hemerotecas y la lectura de cartas y documentos brindados por admiradores y discípulos.

La dificultad de toda biografía se produce en función de la calidad del personaje estudiado. Y la personalidad de Marañón ha sido tan relevante, ejemplar y cimerana en el ámbito de nuestra cultura,

que enfrentarse con ella requiere una estimulante reserva de valentía. Porque no se trata de brindar al lector la visión monográfica del clínico, del escritor o del académico, sino la imagen total de un



Marino Gómez-Santos

hombre de pensamiento al que el azar sitúa en el vértice de las contradicciones políticas de su época. Arriesgado empeño, que Marino Gómez-Santos afronta con esa seguridad y firmeza que da la vocación y el trabajo cuando estos se acompañan, reflexivamente, con el sentido de la propia responsabilidad.

El tenía que hablar de Marañón. Y lo ha cumplido, sujetando su pasión admirativa, su entusiasmo de amigo al imperativo de la veracidad objetiva y rigurosa.

Don Gregorio vivió un tiempo histórico, violento y tormentoso. España es una contradicción viva. Instalarle en su rumbo constituye empresa dramática. A cada instante hay que estar adoptando—en la inestabilidad de un proceso cambiante y tornadizo—actitudes radicales. De no hacerlo, el riesgo es el naufragio. En medio de esa galerna de finales del XIX y primera mitad del XX, Marañón tiene que realizar su vida. Había, ante todo, una conjunta vocación que cumplir: la del intelectual y la del hombre de ciencia. Y este es el imperativo al que Marañón será fiel por encima de mutaciones y vaivenes políticos y sociales.

Esa identidad del hombre de pensamien-

to consigo mismo equivale a una lección de ética. Sobre esta dimensión moral está construida la biografía de Marañón por Gómez-Santos. Un eje ideal que va vertebrando día a día el itinerario de una fecunda existencia. Late en ella un fondo subyacente en el que se articulan los sucesivos episodios biográficos. Pero estos no se presentan independizados de la realidad, sino insertos en ella. Marañón aparece así como un personaje más—protagonista insigne a veces—en el gran retablo histórico. Vasto bajorrelieve de una época, muy próxima a la nuestra, en cuya entraña palpaban, como un presagio, las oscuras razones de muchas realidades de hoy.

Los capítulos dedicados a la Dictadura y a la República consagran las excepcionales dotes literarias del biógrafo. El destierro de Unamuno a Fuerteventura es uno de los hechos que determinan la incompatibilidad radical de don Gregorio con la Dictadura. Porque éste no ocultará jamás su posición ideológica ante la problemática política. Es—lo será hasta su muerte—un espíritu liberal. Ser liberal—dirá él mismo—es precisamente estas dos cosas: primero estar dispuesto a entenderse con el que piense de otro modo, y segundo no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que por el contrario son los medios los que justifican el fin. Marañón hará de este principio un lema. Código de una conducta indeclinable que le guiará a través de los años. El país podrá modificar su fisonomía, pero el doctor nunca será infiel a aquella norma.

Los azares hispánicos no distraen el magisterio de Marañón. Varios trabajos suyos aparecen coincidiendo con las horas finales de la Dictadura. La Historia de España se precipita hacia el abismo. Ortega publica en «El Sol» su solemne «Dolencia est Monarchia», y cuando el 14 de abril el Rey propone a Romanones una entrevista con Alcalá Zamora, se elige como terreno neutral el domicilio de Marañón para el difícil diálogo.

Vendrán después los años de la República, que desligando al doctor de toda acción política, le ensimisman en las tareas de su cátedra y de su clínica. La época de la guerra civil señala la hora del sacrificio en el exilio. Prueba sufrida con formidabile entereza. Alejado de la Patria le llegan los ecos de su dolor. El estudio en bibliotecas y archivos de París, preparando una de sus mejores obras históricas, traerá una calma relativa a su corazón entristecido. Gómez-Santos escribe estas páginas poniendo en su pluma el estremecimiento de la emoción más viva. Cuando se acaba de leer este excelente libro, el lector comprende en toda su profundidad la grandeza de una vida admirable.

Porque Marañón ha dejado de su paso por la existencia no sólo la huella de sus libros, sino la lección de su conducta. En todo instante dio ejemplo de una rara nobleza de espíritu. Su gusto por la conversación, la delicadeza de sus sentimientos, hicieron de él un paradigma del intelectual moderno. En su tarea clínica, académica o profesoral, fue un observador de la vida. Por eso le interesaba el fenómeno histórico. Porque descubría en él la síntesis de esos valores vitales que la realidad cotidiana ofrece, a cada instante, en menudos fragmentos.

El libro de Gómez-Santos nos descubre que en el dramático antagonismo de la sociedad española, don Gregorio se mantuvo en una línea de firmeza ajeno a las pasiones encontradas. La tensión fratricida de su patria le llevó a la meditación de temas, que en cierto modo respondían a aspectos característicos del talante espa-

«VIDA DE GREGORIO
MARAÑÓN»

(Viene de la pág. 3 de Mirador)

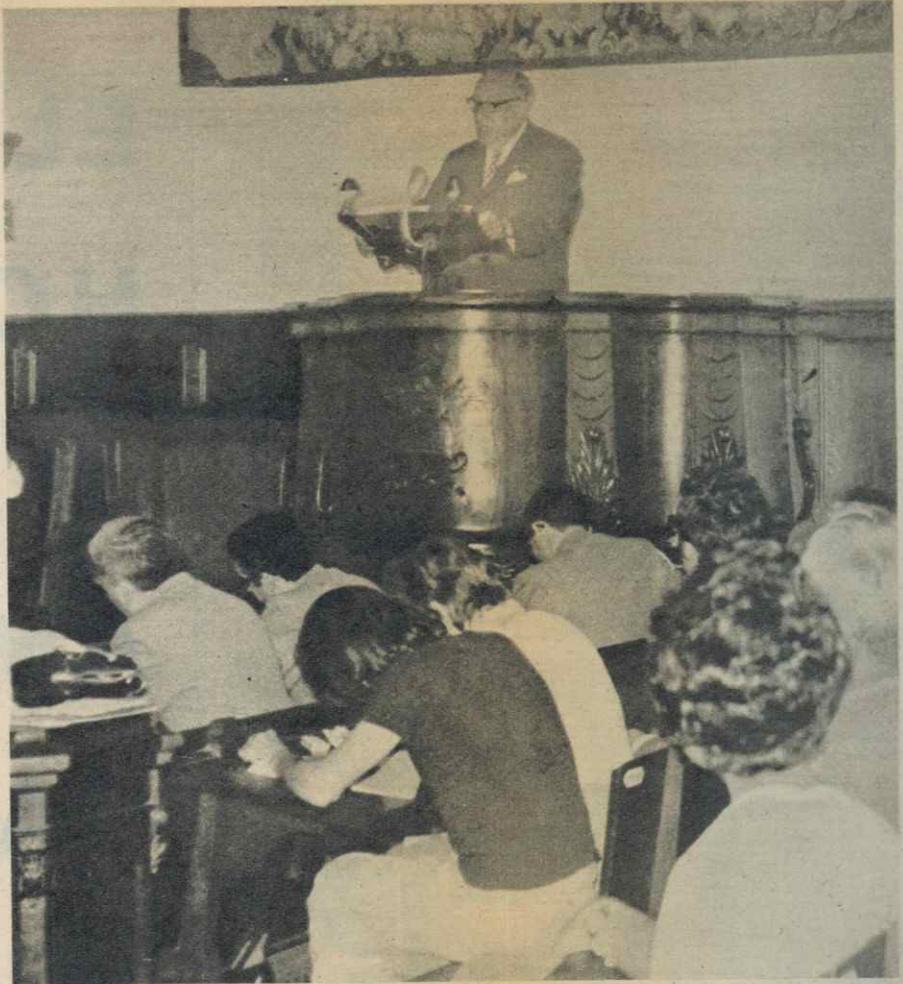
ñol. Hubo en don Gregorio como una suerte de serenidad contemplativa—por encima de su incansable dinamismo—que le mantuvo a salvo de los extravíos y engañosas ilusiones de la vida. Tuvo un vivo fuego interior que caldeó, humanizándola, toda su existencia. Así, fue tierno, comprensivo, generoso, tolerante. Su delicadeza en el trato con los enfermos—dice Gómez-Santos—, o en relación con sus colegas, así como en el área de la vida social, fueron expresiones acabadas de su liberalismo llevado al juego de relaciones entre los hombres.

Como dice Dilthey de Goethe, le preocupó el problema de las generaciones, las edades de la vida, las formas de decadencia y de exaltación de su Patria. Su gran esfuerzo se cifró en elevar lo puramente histórico a una categoría ética. Fue un ejemplar moralizador de la vida española. Cada gesto suyo equivalía a una lección de comprensión. Su autenticidad científica le salvó de la vanidad y del orgullo. Más importante que su presencia en el vértice de la política española, lo fue en el ámbito de la cultura.

Pero, con singular maestría literaria, Gómez-Santos no apunta estos juicios en su libro. El biógrafo realiza un trabajo con técnica tomada de la novelística moderna. No señala las cualidades morales, los rasgos del espíritu. Se limita a relatar hechos. De ellos deduce el lector el trasfondo de valores que los informan y perfilan. Marino Gómez-Santos no se ha propuesto escribir un ensayo sobre Marañón, sino sencillamente contar su vida. Las razones, las puras ideas, que articularían un trabajo ensayístico sobre don Gregorio, permanecen aquí ocultas, latentes, en el fondo del relato. El lector las intuye. Pero no se le ofrecen dadas, construidas en su integridad, sino tan sólo justificadas por la realidad misma a la que sirve con fidelidad de gran «novelista-biógrafo» el autor.

Cuando Gómez-Santos escribe la aventura personal de don Gregorio, está dando a entender—tácitamente—la profunda significación que el pensamiento y la actitud de éste ante la vida ha representado en el escenario de España. El autor mantiene a su personaje dentro de los límites de lo humano. Rehuye la exageración apologética. Mas dentro de aquel propósito, el lector descubre que la figura del biografiado se difunde por todo el panorama español como una luz cenital que no puede permanecer oculta. Porque Marañón llenó de fulgor el ámbito intelectual de la Patria. Puso con su soberana inteligencia brillos y destellos en un oscuro horizonte donde las nieblas de la incultura habían adormecido a un pueblo.

El formidable acierto de Gómez-Santos se cifra en que su libro no describe, «formaliter», la identidad del espíritu del maestro. La da a conocer a través de unos rasgos de carácter, dejándole a veces hablar para que sus palabras nos digan mejor que nadie qué es lo que conmueve y pone en acción sus más escondidos sentimientos. Así, este párrafo de una carta de don Gregorio a Unamuno: «En Barco de Avila hay también un castillo hecho cementerio, como el de Arévalo. Estuve una tarde con Zuloaga, subido en una torre, junto a las cigüeñas, viendo abajo las se-



LA NOVELA HISPANOAMERICANA

En la Universidad de Salamanca se ha celebrado la apertura del segundo ciclo de los Cursos de Verano para Extranjeros, a los que acuden 961 alumnos de 34 países. El premio Nobel guatemalteco Miguel Angel Asturias pronunció la lección inaugural sobre el tema "La novela hispanoamericana como testimonio".

pulturas, muchas entreabiertas y con los esqueletos asomando.» Estampa digna de Regoyos o de Solana. Visión hispánica que le «iba» literariamente muy bien a Marañón, a Zuloaga y a Unamuno. Vidas afinadas en la entrañable raíz de lo hispánico, captadoras del hondo sentido dramático del paisaje. Es decir, el autor logra el prodigio de hacer revivir su personaje. Nos lo presenta tal cual es, sin argumentaciones aclaratorias. Pero en su descripción muestra al lector esa atmósfera indefinible que rodea la figura de su protagonista y cuya esencia no necesita de calificaciones. Porque todo libro que aspira a ofrecer la auténtica versión de una vida, debe hacerlo creando eso que yo llamaría «halo biográfico».

Y este es el gran acierto de Gómez-Santos. Su Marañón no es una silueta de perfiles recortados que resalta sobre un paisaje. Es por el contrario un conjunto de manchas de luces y de sombras que se funden con su entorno vital hasta conseguir transfigurarlo. Hay como una fusión entre el personaje y el ambiente en la que resulta casi imposible separar las recíprocas influencias.

Por eso, cuando Gómez-Santos habla de don Gregorio, nos muestra esa especie de

impregnación espiritual que las cosas recibían de él, como si de su espíritu emanase una sutil, aérea e impalpable coloración que se transfundiese al clima histórico en que él se movía. Saber captar ese «halo biográfico» es un preciado don de los escritores que saben ser excelentes biógrafos. Tal es el caso de Marino Gómez-Santos. Su biografía de Marañón tiene un halo, sublime en algunos momentos y trágico a veces. Un halo que se llama España.

He aquí el extraño sino de algunos grandes hombres. El de dar a conocer a los demás las esencias de su patria a contrapunto de su propio acontecer humano. Así, el que quiera acercarse a la vida de don Gregorio Marañón tendrá que hacerlo por una única vía. La del conocimiento de las grandezas, los dolores, las pasiones y los errores de la realidad hispánica. Es cierto que él la iluminó con su poderosa inteligencia. Pero también se vio sumido en el torbellino de sus tormentas. Porque el faro orienta en la oscuridad de la noche oceánica. Pero para llegar hasta él, hay que sufrir a veces el riesgo mortal de la galerna.

Pedro ROCAMORA